

AUN no amanecía y ya llego a su dormitorio el rebullicio de los pájaros. Los primeros días se despertó disgustado; pero ahora, que comienza a deleitarse con las columbres del campo, la algarabía matinal de las aves se le antoja una lírica salutación. Poco a poco ha ido adaptándose al ambiente, recobrando el sabor lejano de los años de niño, cuando por vacaciones, iba al fundo "Los Alamos" en compañía de sus padres.

Es un paladeo intenso de sensaciones olvidadas. El desayuno, con pan amasado en casa y queso de cabra, muy tierno, servido en la gran mesa del comedor, vestida de hule blanco orlado de grecas. En floreros de loza antigua, los ramos de aroma y los dorados manzanillones. Después, a sentarse un instante en la solana del corredor, en alguno de los viejos sillones de mimbre, mirando al panorama inmenso, ciclópico, de aquel rincón de cordillera. Grupos aislados de árboles; el maíz grande, la viña, y, más al fondo, en la lejanía, una muralla de álamos, seguidos y temblorosos, inclinándose hacia un lado, en disciplinada igualdad, sus cimeras de bronce abatidas por la mano del viento.

Y, por último, la mole de los Andes, nevada en su cumbre, con enormes cuclaronas de nieve en la falda azulada, cambiando de color según las horas del día. Al amanecer, de un blancor de plata, empalmeada entre la bruma. Pasado el mediodía, a la claridad del sol y en la transparencia de un cielo de cristal; de un azul obscuro, manchado de gris, más cercana y afilada a los ojos, proyectando su sombra gigante sobre el valle. Al atardecer, con resplandor de hoguera, titilando de un rosa encendido y al caer la noche, perdida su sombra entre los álamos, ya negros, alzando al cielo su corona de nieve, con fulgor de amarillas.

Joaquín Bernaldes ha ido creciendo, como un pino, todas las matices y mutaciones de la incomparable visión que se le ofrece a los ojos.

Ha regresado a Chile, tras largos años de permanencia en Europa, donde estudiara ingeniería; pero, a pesar de haber visto los paisajes de Francia, Italia y Suiza, jamás experimentó ante la montaña mayor impresión de grandeza, de magnitud y silencio augustos.

Muertos los padres, Bernaldes ha quedado solo. La idea de radicarse en la capital le atrae por muchas razones. Su apellido es una cifra social, y la fortuna que ha heredado le permite actuar tanto en política como en negocios. Pero antes de iniciar una vida nueva, ha querido poner en orden la administración de sus propiedades.

Por primera providencia, tales son sus palabras, ha despedido a Germán Becerra, viejo ladino y enredador, que administró el fundo "Los Alamos" durante veinte años. Borrón y cuenta nueva. Lo que él desea es nobleza y claridad en la gente que lo rodea.

Juan de Dios, el mayordomo, ha quedado boquiabierto al oír de sus labios las muchas innovaciones que proyecta. En su entusiasmo de hombre joven, que asimila rápida, aunque superficialmente, algunos conocimientos de explotación agrícola, hay un anhelo renovador. Pero el mayordomo mueve la cabeza, pesimista. El está por lo antiguo, por lo que vio hacer de niño, por lo que hicieron sus padres. Al fin y al cabo, en aquel entonces todo marchaba mejor.

Es indudable que, viendo el carácter perezoso de los inquilinos y juzgando a simple vista los dilatadas distancias, ha comprendido que los medios puestos en práctica han de estar en relación con la tierra y los hombres. Muchas de sus ideas, traídas de Europa, serían como patifollos inútiles para esta desnudez primitiva, que tiene pujanza y rebeldías de naturaleza virgen.

Se ha levantado de mal humor. Es la cólera injustificada, impetiva, cólera física, que surge del soliviantar de tarde en tarde. Es ese mal genio heredado del padre, ese genio fraco, de tormentosas rachas, característico en los Bernaldes. Hombre tranquilo, sereno y calmado al hablar, es más bien apático, indolente. Sin embargo, de pronto, un motivo cualquiera le saca de quicio, lo tran-



EL SEÑOR CAMPESINO

cuento por

EDGARDO GARRIDO MERINO

ILUSTRACION de
EMILIO ALVAREZ

crystal, decorados de florecillas de oro, en las que se suele servir la mistela. En el muro, destaca un lienzo de escuela quiteña, obscuro, blutinoso, en el que se entrevé la imagen de Cristo atado a la columna, con una leyenda al pie en caracteres del siglo XVIII. El marco, de talla estrecha, suirreño, forma un haz de laureles.

Se cree transportado a la época del coloniaje. Está en el ambiente del Chile Viejo, cuando se vivía en comunión espiritual con la Península.

Un dumor de pasos le detiene en sus observaciones. Se alza del asiento, y no sin sorpresa ve aparecer en el umbral una joven alta, morena, de hermosos ojos negros, que le sonríe con timidez.

—Buenos días, señor Bernaldes. Papá le pide que tenga la bondad de esperarlo.

Se sientan, en silencio, cobijados. El más de mundo, inicia la charla:

—Yo creo, señorita, si mal no recuerdo, que nosotros nos hemos conocido cuando niños.

—No se equivoca. Lo que hay es que yo era muy chico por aquel entonces. Algún domingo, papá me llevó a "Los Alamos".

El la recuerda ahora, con su vestidito rojo, muy tímida, llorando a la menor broma.

—¿Y pienso quedarme en el campo?

—No lo sé; será difícil. He viajado tanto por Europa, que estoy envenenado de ciudad...

Mientras hablan la mira de rojo. Aparecen unos veinte años. Es alta, fuerte aunque delgada, con el color sano de las personas criadas en el campo. Los ojos son muy lindos, la nariz recta y fina, y los labios encendidos y prelopos.

Tiene el aire sereno, grave y casi frío, común a la mujer chilena. Es una distinción de raza heredada de los españoles y acrisolada en un país de montaña, que supo enriquecer o empobrecerse con la sonrisa cristiana en los labios.

—Usted se llamaba... Espera, voy a ver si me acuerdo...

—Hace un esfuerzo de imaginación, pero el nombre no acude.

—Ernestina... —dice ella, compadeciéndose—. ¡Y usted Joaquín!

Aquellos nombres, pronunciados así, juntos, le ruborizan un poco.

Bernaldes la mira de soslayo, y sólo esta vez viene a darse cuenta de que toda su cólera ha desaparecido y de que la placidez de aquella sonrisa le ha desarmado.

Venía esa son de guerra, y ya do le había de paz, de recuerdos de infancia.

Una voz de hombre se oye al corredor y luego unos pasos.

—Es papá — anuncia la joven. — Andaba por la viña.

Se abre la puerta, y un anciano alto y firme, de nariz aguileña y barba gris, recortada en punta, se detiene en el umbral.

—¿Pero eres tú, Joaquín? ¿Si eres todo un hombre!

Ven, que te abraze...

Bernaldes se ha alzado del asiento, presa del escombros, y ha tendido que retroceder al verlo, como si fuese una aparición. Está confundido, casi trémulo, y sin saber lo que hace se deja abrazar por don Javier.

Queda en silencio algunos instantes, no encontrando palabras que decir. La primera impresión ha sido ver a su padre, con la misma mirada e igual sonrisa, aunque más vieja.

—Me he asustado, así de pronto — advierte —. ¡Se parece usted tanto a papá! Es, sin duda, la semejanza que tienen los hombres de una misma época.

Don Javier sonríe. Se ha dejado caer campeonamente en el sofá, y la contempla entre curioso y risueño, acariciándose, con sus dedos amarillentos por el tabaco, la canosa barbilla.

Joaquín Bernaldes comprueba el parecido, que es sorprendente. La nariz aguileña, con el mismo corte almendrado de las alafas; la frente amplia y combatida; los ojos pequeños, un poco hundidos bajo las espesas cejas.

Tiene las trazas de un gran señor, que ha ido haciéndose rústico en la superbia del campo. Tras su epidermis suave y tostada, en el ademán blanco y perfilado de las manos y bajo el traje sencillo y polvoriento, se adivina al hombre de buena capa que dejó la ciudad para vivir en plena naturaleza y a la manera patriarcal.

Aquel tuteo inesperado viene a conturbarlo aun más. ¿Cómo podrá ahora exponerle sus quejas, hablarle de los pequeños conflictos de aguas medianeras y cercos divisorios que el ganado salva con demasiada frecuencia?

Ma contestando a sus preguntas respetuosas, afable, un poco emocionado por aquel parecido que le llena el espíritu de interrogaciones.

El señor campesino le habla con cariño de su padre. El vino de San Felipe, hace treinta y cinco años, le ha dado un gusto...

(Termina en la pag. 2)